

DISCURSO EN CONMEMORACIÓN DEL 10 DE  
OCTUBRE DE 1868, EN HARDMAN  
HALL, NUEVA YORK

10 de octubre de 1891

Cubanos:

No venimos aquí como gusanos, a empinarnos sobre el suelo heroico; ni a cantar en sus ramas lindamente, como sinsontes vocingleros; ni a fiar, como bonzos, la suerte del país de nuestras entrañas al buitre que acecha ya la gangrena que corroe; ni a proclamar, con el reloj de arena sobre nuestras cabezas, que llegó la hora de la descomposición y del espanto, ni a tañer en la mandolina patrióticas serenatas a balcones que no se quieren abrir. Venimos a caballo como el año pasado, a anunciar que al caballo le ha ido bien; que lo jornadas que se andan en la sombra son también jornadas; que con las orejas caídas y los belfos al pesebre no se fundan pueblos; que no es la hora todavía de soltarle el freno a la cabalgadura, pero que la cincha se la hemos puesto ya, y la venda se la hemos quitado ya, y la silla se la vamos a poner, y los jinetes... ¡los corazones están llenos de jinetes! La miseria cría magníficos jinetes. La visión del padre glorioso hace jinete al hijo. Lo que pudo una generación muelle y ofendida, que desconocía el poder que mostró, lo podrá una generación trabajadora y ofendida, que conoce su poder. ¡A caballo venimos este año, lo mismo que el pasado, sólo que esta caballería anda por donde se vence, y por donde no la oye andar el enemigo!

Y es lo primero este año, porque ha pasado por el aire una que otra ave de noche, proclamar que nunca fue tan vehemente ni tan tierno en nuestras almas el culto de la Revolución. Aquellos padres de casa, servidos desde la cuna por esclavos, que decidieron servir a los esclavos con su sangre, y se trocaron en padres de nuestro pueblo; aquellos propietarios regalones que en la casa tenían su recién nacido y su mujer, y en una hora de transfiguración sublime, se entraron selva adentro, con la estrella a la frente; aquellos letrados entumidos que, al resplandor del primer rayo, saltaron de la toga tentadora al caballo de pelear; aquellos jóvenes angélicos que del altar de las bodas o del festín de la fortuna salieron arrebatados de júbilo celeste, a sangrar y morir, sin agua y sin almohada, por nuestro decoro de hombres; aquellos son carne nuestra, y entrañas y orgullo nuestros, y raíces de nuestra libertad y padres de nuestro corazón, y soles de nuestro cielo y del cielo de la justicia, y sombras que nadie ha de tocar sino con reverencia y ternura. ¡Y todo el que sirvió, es sagrado! El que puso el pie en la guerra; el que armó un cubano de su bolsa; el que quiso la redención de buena fe, y le sacrificó su porvenir y su fortuna, ya lleva un sello sobre el rostro, y un centelleo en los ojos, que ni su misma ignominia le pudiera borrar luego. ¡A todos los valientes, salud, y salud cien veces, aunque se hayan empedregado o equivocado!

Y este culto a la Revolución, que sería insensato si no lo purgase el conocimiento de sus errores, nos ha traído a aquella fe cordial y serena, a aquella determinación definitiva e inquebrantable, a aquella fraternal e indulgente disposición del ánimo, a aquella prudencia considerada y equitativa,

que no pueden perturbar los gobernantes españoles, deseosos de revueltas prematuras,-ni el desaliento propio de los que tienen, allá en la Isla, encendida el alma heroica en un desierto moral, -ni la censura de los que desconocen en los demás la eficacia del brío que se ha entibiado ya en su corazón. No estamos aquí, pujando la oportunidad, para caer mañana, como rancheros, sobre la patria del alma; ni levantando, a pura excomunión, un partido cubano que humille a los cubanos; ni peleando, como gauchos mortales, por el señorío de la tierra espantada; ni negando apoyo a la guerra que otros pudiesen preparar. por el pecado de no haberla preparado nosotros; ni comiéndoles los pies a los culpables de amor y de luz. No soñamos aquí en una patria de corrillo, donde el goce voluntario o casual de la libertad del extranjero dé privilegio de virtud sobre los que viven tan fieles a su ideal como nosotros al alcance del cadalso: no vivimos aquí contando los defectos. sino las virtudes. ¡Llena tenemos la memoria de-nombres queridos que no dicen los labios! ¡Abiertos, tenemos los brazos para aquellos cuyo nombre amado no osa escribir nuestra pluma! ¡Dispuestos están en nuestro corazón los asientos de fiesta para muchos huéspedes ausentes! Otros descontarían de las listas del triunfo a los que, por legítimo temor o por enfermedad del ánimo, no acudiesen en la hora difícil a defendernos la bandera; otros distribuirían, con el ojo rapante, los beneficios de la victoria entre los criados sumisos a su mandato; otros tacharían con acritud a los que, por incompleta educación política, o por falta de paciencia, o por aquella sincera desconfianza de sí que viene a los hombres de una larga vida de disimulo y dependencia, buscan en un poder extraño la salvación quo no saben sacar de su voluntad; otros, con resabios de dueño, andarán sobre las puntas de los pica, para no lastimarse el charol, por entre las sepulturas donde cayeron de su brega de héroes, envueltos en el mismo pabellón, los negros y los blancos: ¡nosotros no somos aquí más que el corazón de Cuba, en donde caben todos los cubanos!

Aquí hemos estudiado las causas reales y complejas de la derrota de la Revolución; hemos desentrañado los elementos que en ella se crearon, y continuaron de ella, y podrían entorpecer o ayudar la' pelea definitiva; hemos compuesto en un alma sola,-sin más excepción que uno u otro pedrusco, o uno u otro veneno,-los factores que dejó en hostilidad la dirección diversa y tibia de la guerra anterior; hemos ajustado nuestra acción, que pudimos muchas veces precipitar o extraviar, a los periodos de aquella convalecencia dolorosa por donde, en cuanto le acaben de crecer los cabellos, ha de volver a nuestra patria la salud; hemos reunido en la obra de todos los días, con la proporción debida al derecho humano y a su importancia real, los componentes sin cuya colaboración afectuosa no puede aunarse en la libertad durable nuestra tierra heterogénea; hemos inspirado en los pueblos de nuestra familia aquel cariño y estimación profundos que convienen para que no tropiece en su enemistad o en su indiferencia la obra de nuestra redención, por donde la familia se completa y asegura; hemos cerrado el paso de la patria, sin ira y sin temor, a las correrías que por su origen, o por sus métodos, o por sus resultados, f fueran indignas de ella: y cuando ya no queda de una política imprevisora más que el escarmiento saludable y la cólera útil, cuando la liga floja y temporal del alma cubana con un sistema extraño a su constitución y a los que lo habían de permitir, sólo deja tras si al desvanecerse, un silencio desordenado y sombrío, o la demanda de una nueva esclavitud, ni blandimos el marchamo para señalar las frentes

culpables del terrible desorden espiritual, ni les señalamos con mano rencorosa la agonía de un pueblo que pudo mantenerse, y se debió mantener, en la campaña de la prudencia, disciplinado para la de la resolución; sino que abrimos los brazos, pensando sólo en que somos pocos, aun cuando fuésemos todos, para reparar el tiempo perdido, para encender en la fe nueva los ánimos vibrantes, para correr el hilo misterioso por los corazones; y a cuantos sufren como nosotros del dolor del país, y aspiran como nosotros a levantarlo de él, a todos les decimos, con los brazos abiertos: Aquí velábamos; aquí aguardábamos; aquí anticipábamos; aquí ordenábamos nuestras fuerzas; aquí nos ganábamos los corazones; aquí recogíamos y fundíamos y sublimábamos, y atraíamos para el bien de todos, el alma que se desmigajaba en el país!

Con el dolor de toda la patria padecemos, y para el bien de toda la patria edificamos, y no queremos revolución de exclusiones ni de banderías, ni caeremos otra vez en el peligro del entusiasmo desordenado ni de las emulaciones criminales. Todo lo sabemos y todo lo evitaremos. Razón y corazón nos llevan juntos. Ni nos ofuscamos, ni nos acobardamos. Ni compelemos, ni excluimos. ¿Qué es la mejor libertad sino el deber de emplearla en bien de los que tienen menos libertad que nosotros? ¿Para qué es la fe, sino para enardecer a los que no la tienen? ¿A qué somos, fuera de Cuba, una legión hecha a la tempestad, sino para amparar con nuestros cuerpos a los que sufren de miedo de mujer? ¡El hábito de ceder embota la capacidad de osar! ¡Cedan el paso los tímidos estériles a los prudentes que han sabido respetarlo...! ¿A qué vivimos, unidos al fin con alma igual para el rescate juicioso y cruento; a qué vivimos, los que hemos fundado en la arena y dejado señales en la roca, sino para mostrar que el patriotismo cubano sacó de la derrota la ciencia política necesaria para no caer otra vez en ella? ¿Qué somos, sino práctica viva, sin aquel funesto divorcio de antes entre los indecisos acá y los arremetedores allá, de aquella patria sana venidera en que no ha de haber ¡porque no los ha de haber! ni soberbias de capital, ni recelos de terruño? ¿Qué somos ya, fuera de Cuba, sino un pueblo hecho, trabajador y susceptible, como han de ser los pueblos destinados a la felicidad en las repúblicas? ¡Pero es cierto que el hombre vanidoso niega o censura las virtudes difíciles que no se atreve a cultivar: es cierto que las primeras señales de los pueblos nacientes, no las saben discernir, ni las saben obedecer, sino las almas republicanas!

¿Y esto hacemos aquí, y labramos aquí sin alarde un porvenir en que quepamos todos, y tendremos aquí la mansedumbre de airar como nuestros a los que nos desoyen, y amar a los que nos desaman? ¿Qué somos aquí, cubanos o enemigos de Cuba? ¿Aventureros, o patriotas? ¿Merodeadores, o redentores? ¿Y qué sabemos nosotros si eso es desamor, o si es que ya nos buscan en silencio, acaso sin sentir cómo el corazón se les va oreando, y no han hallado aún el modo de decirnos que nos aman? ¡Vayan alzando el pecho a la callada, que de aquí iremos poniendo a su compás nuestro ímpetu! ¿No se viene la tierra por nuestro camino? La esposa, trasportada de ira, ¿no le dice al esposo: "¡vete, vete, criollo infeliz, a donde haya trabajo y justicia!"?; los más hechos a aquel pan villano, y los que le han sacrificado más, ¿qué son sino sombras de miseria, y fantasmas en casas vacías?: los hijos de los ricos, después de una vida inútil de vaqueros, ¿no vienen a pedir la limosna. de la vida a los pueblos extraños?: los de ahora, los

de sangre nueva, ¿no levantan en sus hombros, y pasean en triunfo, por la ley de honra que es más fuerte que el miedo, a los que vieron de cara al sol en los días gloriosos?: y los gobernantes espantados, ¿no arrancan de las manos a los niños, las escopetas de jugar con que se ensayan en el viento? ¡La tierra se viene por nuestro camino, y los de allá y los de acá no tenemos más que hacer que juntar, con prudencia, nuestros corazones!

¡Cunda allá, de alma en alma, este fuego domado que nos nutre y enciende; medite, cada uno a solas, en esta fe tranquila y vigilancia seria y ternura de nuestro cariño fraternal; sepan que, en la agonía en que los ha puesto el triunfo aniquilador de un dueño incorregible, y la confianza desordenada en una política fantástica y artificial, vela por ellos, sangra con ellos, purifica para ellos, funda para ellos, con precisión de problema científico y conocimiento entero de la realidad, un pueblo ausente en que se han llegado a fundir, en diez años de estadio y de sacrificio, en diez años de equidad y de precisión, el más puro anhelo heroico y la más severa disciplina pública!

¡Ni esperen, para tener noticias nuestras, aquellos infantiles organismos revolucionarios de antes que fueron grandes en su día, y hoy, cubiertos por el espionaje, no serían más que semilleros para el cadalso! ¡Amamos mucho a los cubanos nuevos para ponerlos en peligro así! Lo que es, es, y lo sabemos acá; pero es preferible que, por falta de obra patente nos crean inactivos, a que caiga una sola cabeza de cubano, por el prurito de alardear de organizadores. Busquemos, uno a uno, quien nos desee; mándenos ayuda el que pueda, fe el que no pueda más, que no hay cosa que valga más que la fe: veamos aquí, como lo estamos viendo, que el alma de la isla, renovada en la espera, se encrespa y se decide: venga a nosotros, por sí y como le parezca bien, el alma do allá que se nos quiera venir; ¡clubs de espíritus es lo que queremos, y los nombramientos que firma el valor, y los compromisos que se le juran a solas a la conciencia, y aquella determinación cauta y viril con la que no puede traficar el espía, y en la que no tiene dónde asir el asesino! ¡Esté el alma en pie, para cuando le llevemos la mitad del alma!

Peligros, es claro que los tenemos, y ni uno solo nos es extraño, y los hay grandes; pero, ¿conocer los peligros, no es el primer paso ya para vencerlos? Y la determinación de ajustar nuestros métodos a nuestros componentes ¿no es prenda de que los factores del país, satisfechos en su justa relación, no se alzarán, como 1.ª vez pasada, contra la falta de ella? En este estudio asiduo, en esta indulgencia constante, en este apego a toda la realidad, está el espíritu, y ha de estar la salvación de nuestra guerra nueva. Nada nos es desconocido de los obstáculos de afuera o de adentro, ni nada de lo que nos puede ayudar. Amamos, con todos sus pecados posibles, a los que, en la hora de arriesgarse o de temer, se fueron tras el honor, y arey al aire. Estimamos con afectuosa cautela aquel mismo talento timorato, -pero útil en lo futuro por su preparación crítica y estudio sosegado del arte de gobierno, -de los que en Cuba-han vivido con aquel exceso de mente, sin válvula de acción, que vicia y desequilibra el carácter. Observamos, con júbilo como de cosa propia, en los cubanos de todas condiciones y colores, aquella laboriosidad tenaz, aquella crítica vehemente, aquel ejercicio de sí propio, aquel decoro inquieto por donde se preservan y salvan las repúblicas. Reconocemos-¿cómo no hemos de reconocer, recordando a Mina en México, a Gainza en Guatemala, a Villamil en Cuba, al gallego Insua en New

York?-preconocemos el valor político del español amigo de la libertad, que le deja franco el paso, sin oponerse a su triunfo, o sale a defenderla a la luz del día: ¡y nuestra estimación por el español bueno, sólo iguala a nuestra determinación de arrancar de raíz, aunque se queje la tierra, los vicios y las vergüenzas con que el español malo nos pudre! Y en nosotros mismos sentimos la fuerza serena que da el hábito del sacrificio. Ni a nosotros mismos nos tememos, porque sabemos que nuestro error es menos que nuestra virtud; ni tememos a esos peligros de América tan decantados: porque venimos después de ellos,-y ni la América ni nosotros hemos vivido en vano,- ¡y estamos al quite!

Ni sueño pueril, ni evocación retórica, es lo que tengo ahora delante de mis ojos, sino visión de lo que ha de ser, y escena de verdadera profecía. ¡Ah, los días buenos, los días de trabajo después de la redención, los días de la reedificación, en el contento de un derecho igual, los días de aquella ardiente labor de paz que ha de seguir a ¡a labor de guerra, en que allá en el palacio de nuestra ley, con las palmas de mármol que le vamos a poner de pórtico, nos contemos, paseando entre las estatuas de los héroes,-los sagaces junto a los fanáticos, que son tan útiles como el sagaz, los buenos junto a los viles, que son tan necesarios, como los buenos, para indignarlos, y levantarlos y sacarles las chispas,-nos contemos los errores de ambas Américas, de la nuestra y de la otra, para no caer en ellos,-ajustemos las leyes de nutra tierra original a su composición histórica, y a sus defectos, y a su naturaleza,-fundamos en el concepto uno y superior del país común,-que unió con el sacrificio lo que el déspota procuró apartar con la astucia,-las quejas de vecindad y las pequeñas lealtades regionales!-¡Ah, los días buenos, del trabajo después de la redención, del trabajo continuo, y de buena fe, para evitar el exceso de política de los desocupados ambiciosos, o de los aspirantes soberbios, o de los logrereros de la palabra y del valor,-y para reparar, estando como estamos a las puertas de un crítico goloso e impaciente, la época larga de desigualdad y languidez que pudiera darle razón para echarse sobre el pueblo incapaz, o darnos razón para desconfiar de nosotros mismos! ¡Ah, los días buenos...! ¡ya me parece ver brillar el sol sobre las estatuas de los héroes, y sobre el pórtico de palmas de mármol!

¡De veras que se nos habla demasiado de peligros! ¿Pues esta tierra que pisamos, qué fue hace tres siglos, sino un barquichuelo, cargado de cañones y de mujeres, que vino, en el hambre y en la tormenta, más pobre que nuestra pobreza mayor, huyendo de donde no se podía amar la libertad? Y la protesta religiosa, que lo puso en la vía de la política, y dan los cuentos eruditos como la única semilla de libertad viable; ¿qué fue sino obra de un monje guitarrero, con ríos de sangre por venas, y naciones frenéticas y convulsas por pedestal, y hecatombes humeantes por antorchas? ¡Esos cómodos, y esos liberales de aguamiel! ¡Sangre, el que aspire! ¿Para qué somos hombres, sino para mirar cara a cara a la verdad? ¡Dése lo justo, y no se nos pedirá lo injusto! El que a ser hombre tenga miedo, póngase de alquiler, con el ambicioso que lo use y lo pague, y le defienda la casta o la mala propiedad. ¡Para otros no hay goce mayor que el de ver cómo el hombre se redime y crece...! Lo que no se puede cambiar, ha de tomarse como es. ¿Quién teme al juego natural y necesario de las pasiones y virtudes de los hombres, ni al conflicto inevitable de sus aspiraciones y cobardías, y de sus ímpetus e intereses? Vea el que desconfíe a la

Naturaleza equilibrada y triunfante. Nace el guao en el campo del hombre laborioso, y silba la serpiente desde sus agujeros escondidos, y pestañea la lechuza desde la torre de los campanarios; pero el sol sigue alumbrando los ámbitos del mundo, y la verdad continúa incólume su marcha por la tierra.

Y si nos preguntan dónde está la forma visible de esta energía y política nuestra, dónde el alarde infantil que desagrada a los sensatos, dónde la autoridad ostentosa que levanta recelos y pone en lucha las localidades, dónde la fogata imprudente que descubre el campo al enemigo, -responderemos con el recuerdo de una maravilla que anda escrita en un libro de victorias. Cuentan de un coronel que en la hora fantástica de la alborada, venía a escape, sable en mano, sobre las filas de los invasores, cuando una bala de cañón le cercenó, como de un tajo, la cabeza. Ni el jinete cayó de su montura ni bajó su brazo el sable: ¡y se entró por los enemigos en espanto y en fuga el coronel descabezado! Pues así somos nosotros amigos de la humildad y del sacrificio. ¡Éntrese nuestro caballo por el invasor y espántelo y derrótelo, aunque no se lea vean a los jefes la cabeza!